

Discurso del Académico Efraím Otero-Ruiz, Presidente de la Sociedad Colombiana de Historia de la Medicina, en la presentación del Académico Honorario Alfonso Vargas Rubiano

Santafé de Bogotá, 8 de mayo de 1997

Quiere la Academia Nacional de Medicina, al designar hoy como Miembro Honorario al Profesor Alfonso Vargas Rubiano, distinguido pediatra y maestro de juventudes, consagrar en su persona y en su obra el esfuerzo de una vida, dedicada no sólo al meritosísimo ejercicio de su profesión y de su especialidad, sino ensalzar en sus escritos de historiador médico a quienes han contribuido al engrandecimiento de la medicina colombiana, de la cual él es un destacado y egregio exponente.

Cumple de esta forma la Academia una de sus funciones más enaltecedoras, cual es la de acoger en su seno, otorgándoles su máxima categoría "a los médicos nacionales que sobresalgan por sus contribuciones y se hayan destacado como investigadores o como docentes y cuyos servicios a la vida académica hayan sido de tal magnitud que la corporación los considere acreedores a tal distinción". No es por eso coincidencia que en el curso de apenas pocos meses hayamos elevado al rango de honorarios a dos magnos pediatras, Jorge Camacho Gamba y Alfonso Vargas Rubiano, cuyos ancestros se entrelazan en el santandereano pueblo de Puente Nacional, junto a las nemorosas vegas del río Suárez, allá donde se confunden en el ambiente los sones y los aromas de la guabina, la panela y el bocadillo. Ellos dos, quizás por senderos diferentes, pero unidos en su espíritu investigativo y de servicio, son dos pilares que han contribuido primero a afirmar la pediatría como especialidad y después a convertirla en científica y académica como ninguna, abriendo con sus enseñanzas y su ejemplo de vida los amplios senderos por donde discurren y seguirán discurrendo los pediatras de las nuevas generaciones.

Hijo preclaro de Tunja y miembro de una familia cuyos antecedentes se remontan a dos Juanes, de Torres y de Vargas, él mismo se ha

preocupado por buscar en esos mismos ancestros los orígenes de múltiples talentos que, con esos y otros apellidos, han contribuido a cimentar la historia de Colombia. Ya en su libro de 1993, "De Andalucía a Boyacá. La descendencia del conquistador D. Juan de Torres" nos narra la evolución histórica e ideológica de 15 generaciones que culminan en el paradigma de su pariente su amigo el profesor Calixto Torres Umaña, el sí, más que muchos otros, fundador de la pediatría científica en nuestro medio. Alfonso mismo, en su libro ya mencionado y en los discursos que con motivo de el homenaje al Dr. Calixto escribiera por los años 1955, se ha encargado de señalar las virtudes señeras de este maestro que, desde las tempranas épocas de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional, se encargaron de inspirarlo con su ejemplo y orientar su vocación hacia la medicina infantil, que comienza a destacarse con su tesis de grado de 1944 que versará sobre "Las nefropatías de los lactantes en Bogotá", de extraordinario interés en los primigenios albores de la edad antibiótica.

Vargas Rubiano, como lo pensaba y lo señalaba Torres Umaña y como lo había señalado en las postrimerías del siglo XIX Manuel Plata Azuero, fundador de nuestra Academia, al escribir su tratado sobre "Terapéutica Infantil", desde muy pronto se dió cuenta de que la medicina del niño y del adolescente no era una minimización de la patología interna del adulto sino una ciencia en sí misma, que debía ser investigada con los nuevos parámetros que brindaba el siglo XX la orientación fisiológica y etiopatológica. Por eso desde recién graduado ingresa como interno y Jefe de Clínica Pediátrica al Hospital de la Misericordia donde, bajo el respaldo académico de su Universidad Nacional, discurrirá una meritoria carrera de más de 30 años

que culminará con los cargos de Decano de la Facultad de Medicina y Profesor Honorario de la misma.

Pero es que, además, en los años cincuenta flotaban vientos saludables en la pediatría latinoamericana, alentados por figuras epónimas que iban desde Cravioto en México hasta Escardó en el Uruguay, y que querían hacer resaltar características especiales de una raza autóctona, mezcla de indio, de negro y de blanco, que presentaba formas distintas de patología no necesariamente compartidas con aquellas que describieran sus maestros europeos o norteamericanos. Eran los tiempos de la "no siempre fluida transición de la medicina francesa a la norteamericana", que mencioné en mi discurso conmemorativo de los dos años de la muerte del Profesor Pantoja, bajo cuya sombra tutelar hoy nos reunimos. Vargas Ruhiano se percató pronto de ese cambio y desde muy temprano, como miembro fundador de la Sociedad Colombiana de Pediatría, de la que llegará a ser Presidente en dos ocasiones, se vincula a la Sociedad Suramericana y, en 1963, llega a ser uno de los fundadores de la Asociación Latinoamericana de Pediatría y de la Sociedad Latinoamericana de Investigación Pediátrica. En todas ellas presentará enjundiosos trabajos que van desde los temas de la desnutrición y el Kwashiorkor hasta la tuberculosis y el abandono del niño, salpicados siempre de su preocupación socio-cultural que lo movía a reflexionar y enfatizar sobre la importancia del cuidado infantil en el desarrollo y la orientación futura de nuestros pueblos.

En la esfera privada desde muy joven, en 1949, Alfonso se vincula a un nuevo grupo, la Unidad para Diagnóstico UNIDIA, quizás el primer conjunto de médicos reunidos para tal fin en un edificio construido para el efecto, en la carrera 12 con calle 21 de Bogotá. Creo que alguien debería próximamente escribir la historia de lo que este grupo significó para la modernización de la medicina en la Bogotá de los años cincuentas y sesentas, y cómo su influjo se proyectó más allá del ámbito del ejercicio privado o meramente asistencial. Todos eran médicos jóvenes, de diversas especialidades, casi todos egresados de la Universidad Nacional y con cargos docentes o asistenciales en numerosas instituciones de la capital, unidos por el ideal común de compartir, ejercer y enseñar una medicina acorde con los últimos conocimientos.

Fue la generación inmediatamente anterior a la de los "muchachos de Tulane" que tan

agudamente nos ha descrito Hernando Sarasti en sus memorias sobre medicina interna en San Juan de Dios. En un auditorio pequeño pero muy bien equipado se organizaban conferencias y simposios de carácter nacional e internacional, donde acudían las generaciones jóvenes ansiosas de aprender y expandir sus conocimientos más allá de las fronteras convencionales.

Desde muy temprano Alfonso es designado como Coordinador de las actividades científicas del grupo y, a partir de 1952, junto con el desaparecido Académico Mario Gaitán Yanguas, se encarga de editar y publicar la revista "Unidia" que aparecerá en forma ininterrumpida desde 1952 hasta 1969. Fue justamente en el curso de esas actividades cuando yo, como interno del Instituto de Cancerología, conocí a Alfonso durante un simposio sobre enfermedades neoplásicas, y desde entonces cimenté una amistad que ha permanecido impertérrita durante más de 40 años. Porque ha sido una característica de su personalidad, que quiero destacar especialmente esta noche: el brindarse generosamente a quienes se acercan a él y hacerlos sentir, desde muy temprano, como si fueran los amigos y colaboradores de toda una vida. Ya había hablado él, en su discurso de 1955, de "la lección fecunda para quienes queremos que todo colega sea, ante todo, un amigo". A esa simpatía profunda, a ese don de gentes innato e inescapable que han hecho de él una persona sin enemigos y más bien constelada de admiradores, creo que deba dirigirse en lo individual el homenaje colectivo que hoy le prodigamos al hacerlo Miembro Honorario de nuestra Academia.

Esa amplitud, esa generosidad de espíritu se refleja en sus escritos de las últimas décadas, donde se ha preocupado por enaltecer los valores autóctonos, como cuando nos ha hablado de Calixto Torres Umaña y de sus hijos Fernando y Camilo Torres Restrepo, de la misión social de la medicina, de la salud y las políticas de salud, de Juan Clímaco Hernández como precursor de la medicina psicósomática, de Cesar Augusto Pantoja como caballero de la medicina, de la Universidad Nacional y la Pediatría colombiana, de la evolución histórica de la Sociedad Latinoamericana de Investigación Pediátrica y de las etapas prenatales del Hospital de la Misericordia, hogar de ciencia y asistencia donde se han formado los más claros exponentes de la pediatría colombiana. Y se reflejará en su libro en preparación, el cual esperamos sea presentado próximamente en este recinto en sesión conjunta con la Sociedad de Historia de la Medicina, sobre "Los Vargas en la Cultura Médica Colombiana".

En este libro nos recorre las vicisitudes ilustres de este apellido que, como lo diría su hermano Carlosé, "más que apellido es un estado de ánimo". Y que se remonta a don Bernardo de Vargas Machuca, conquistador que se regresa a España a finales del siglo XVI y publica lo que se considera ser el primer libro de medicina del nuevo continente, anterior a los comentarios de Francisco Hernández en México sobre la "Historia Naturalis" de Cayo Plinio Segundo; y que se siguen prolongando a través del ya mencionado don Juan de Vargas, el fundador, del protomédico don Juan Bautista de Vargas, de don Jorge Vargas Nieto y de los ilustres charaleños Vargas Vega y Vargas Reyes, fundadores de la Universidad Nacional y de la enseñanza médica en nuestro medio. Apellido que seguirá brillando en nuestro tiempo con luz propia con la prosapia ilustre de los Vargas Rubiano, de la cual nuestro homenajeado y sus hermanos Gonzalo, Hernando y Carlos Eduardo, preclaros escritores y estadistas de su departamento y del país, son apenas exponentes de una estirpe prodigiosa.

Generación médica que, afortunadamente, se ha continuado en la figura de Alfonso Vargas Del Valle quien también desde muy pronto, al culminar su carrera de médico en la Universidad Nacional, se orientó por las inclinaciones que señalaban su

padre y es hoy destacado investigador y Profesor de Endocrinología Pediátrica de las Universidades de Luisiana y de Tulane en New Orleans, Estados Unidos. También con Alfonso hijo he mantenido una indeclinable amistad, que se prolongó a través de una asidua correspondencia que sostuvimos cuando yo era Director de COLCIENCIAS y él adelantaba sus estudios de postgrado en esa misma ciudad, en la que comentábamos a menudo sobre la pertinencia y la transcendencia internacional de la investigación médica colombiana que él analizaba con gran perspicacia a través de la literatura médica de ese país. Esa simbiosis estrecha paterno-filial se reflejó cuando Alfonso-padre me llevó con satisfacción el prólogo y la traducción que había hecho del notable artículo de su hijo sobre "Cambios endocrinos en desnutrición", aparecido en 1992 ; y se proyecta en la cara de orgullo de quien ha venido a compartir con nosotros el homenaje de admiración y aprecio que ofrendamos esta noche a su padre.

Congratulémonos, pues, señores Académicos, señoras, señores por la presencia de este nuevo Académico Honorario que desde hoy, con su juventud anímica y su lucidez de siempre, seguirá contribuyendo con su talento a los fastos perennes de esta gloriosa Academia Nacional de Medicina.